

JEFFREY ARCHER

Sólo el tiempo lo dirá



JEFFREY ARCHER

SÓLO EL TIEMPO LO DIRÁ

Traducción de Claudia Conde

Título original: *Only Time Will Tell*

© Jeffrey Archer, 2011

© por la traducción, Claudia Conde, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2015

ISBN: 978-84-08-14251-5

Depósito legal: B. 11.092-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Me dijeron que mi padre había muerto en la guerra.

Cada vez que le preguntaba a mi madre por su muerte, me decía solamente que había servido en las filas del Real Regimiento de Gloucestershire y que había caído en combate en el frente occidental, pocos días antes de la firma del armisticio. Mi abuela decía que había sido un valiente, y, una vez que nos quedamos solos en casa, me enseñó sus medallas. Mi abuelo no solía opinar sobre nada, pero estaba sordo como una tapia, así que es posible que ni siquiera oyera las preguntas.

Aparte de él, el otro único hombre que recuerdo en mi hogar es mi tío Stan, que se sentaba en la cabecera de la mesa para el desayuno. Cuando salía por la mañana, yo lo seguía hasta los muelles donde trabajaba. Para mí, cada día en el puerto era una aventura: mercantes que llegaban de tierras lejanas con sus cargamentos de arroz, azúcar, plátanos, yute y otras muchas cosas de las que ni siquiera había oído hablar... En cuanto las bodegas se vaciaban, los estibadores volvían a cargarlas con sal, manzanas, estaño e incluso carbón (lo peor de todo, porque dejaba huellas evidentes de lo que había estado haciendo durante el día y mi madre se enfadaba), y entonces los buques volvían a zarpar hacia quién sabe dónde. Yo siempre le pedía a mi tío Stan que me ayudara a descargar los barcos que atracaban cada mañana, pero él se reía y decía: «Todo a su tiempo, hombrecito».

No veía la hora de empezar, pero entonces, sin previo aviso, la escuela se interpuso en mi camino.

A los seis años me enviaron a la escuela primaria de Merrywood. Me pareció una soberana pérdida de tiempo. ¿Para qué ir a la escuela si podía aprender todo lo que necesitaba en los muelles? No me habría molestado en volver al día siguiente si mi madre no me hubiera arrastrado hasta la puerta y me hubiera depositado allí, y no hubiera vuelto a las cuatro para recogerme.

No me daba cuenta de que ella tenía otros planes para mi futuro que no incluían trabajar con mi tío Stan en el puerto.

Todas las mañanas, cuando mamá me llevaba a la escuela, yo me quedaba un rato dando vueltas por el patio hasta que la perdía de vista y entonces me escabullía hacia los muelles; pero tenía cuidado de estar otra vez en la puerta, esperándola, cuando venía a buscarme. De camino a casa le contaba todo lo que habíamos hecho ese día en la escuela. Tenía facilidad para inventar historias, pero a mi madre no le costó mucho descubrir que no eran más que eso: historias.

Había un par de chicos de la escuela que también solían marcharse a los muelles, pero yo mantenía las distancias. Eran mayores y más corpulentos que yo, y me pegaban cuando se cruzaban conmigo. También debía tener cuidado con el señor Haskins, el capataz principal de los muelles, porque si me sorprendía «merodeando», como él solía decir, me mandaba de vuelta a la escuela con una patada en el trasero y una amenaza:

—Si vuelvo a verte merodeando por aquí, iré a hablar con el director.

De vez en cuando Haskins consideraba que ya me había visto demasiadas veces y entonces iba a hablar con el director, que me castigaba con unos correazos y me mandaba de vuelta al aula. Mi tutor, el señor Holcombe, nunca me delataba cuando yo faltaba a clase, pero lo cierto es que era un poco blando. Cada vez

que mi madre se enteraba de que me había saltado la escuela, se enfurecía y me retiraba la paga semanal de medio penique. Sin embargo, pese al ocasional golpe de los niños mayores, los frecuentes correazos del director y la pérdida de mi paga semanal, no podía resistirme al encanto de los muelles.

En mis «merodeos» por el puerto, hice un amigo auténtico: el viejo Jack Tar, que vivía en un vagón de tren abandonado, donde acababan los almacenes. El tío Stan me había dicho que no me acercara al viejo Jack, porque era un vagabundo sucio y estúpido. A mí nunca me pareció tan sucio, por lo menos no tan sucio como mi tío Stan, y no tuve que esperar mucho tiempo para descubrir que tampoco era estúpido.

Después de almorzar un mordisco del sándwich de pasta de levadura del tío Stan, mordisquear el corazón de su manzana y beber un trago de su cerveza, volvía a la escuela a tiempo para el partido de fútbol, la única actividad escolar que en mi opinión merecía la pena. Al fin y al cabo, mis planes para cuando terminara el colegio eran ser capitán del Bristol City o construir un barco para dar la vuelta al mundo. Si el señor Holcombe no me delataba y el capataz no me denunciaba al director, podían pasar muchos días sin que nadie me descubriera, y mientras no me acercara a las barcazas de carbón y estuviera en la puerta de la escuela a las cuatro en punto, mi madre no se enteraría de nada.

Un sábado sí y un sábado no, mi tío Stan me llevaba a ver jugar al Bristol City en Ashton Gate Stadium. Los domingos por la mañana, sin que yo pudiera zafarme, mi madre me arrastraba hasta la iglesia de la Santa Natividad. En cuanto el reverendo Watts nos daba su bendición final, me iba corriendo al parque, para jugar al fútbol con mis amigos hasta la hora de la cena.

Cuando cumplí siete años, cualquiera que supiera un poco

de fútbol habría podido decirme que nunca llegaría a ser titular del equipo de la escuela, y mucho menos capitán del Bristol City. Pero entonces descubrí que Dios me había bendecido con un pequeño don que no estaba precisamente en mis pies.

Al principio no me daba cuenta de que todos los que se sentaban a mi lado en la iglesia, los domingos por la mañana, dejaban de cantar en cuanto yo abría la boca. Ni siquiera me habría parado a pensarlo si mi madre no me hubiera propuesto apuntarme al coro. Me pareció ridículo. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que sólo las niñas y los mariquitas se apuntaban al coro. Me habría negado sin más si el reverendo Watts no me hubiera dicho que los niños del coro cobraban un penique por los funerales y dos por las bodas. Fue mi primer soborno. Pero cuando acepté a disgusto presentarme a la prueba de voz, el diablo decidió interponer un obstáculo en mi camino, en la forma de la señorita Eleanor E. Monday.

Nunca habría conocido a la señorita Monday si no hubiera sido la directora del coro de la iglesia de la Santa Natividad. Aunque no medía mucho más de un metro cincuenta y parecía como si una ráfaga de viento pudiera llevársela en cualquier momento, nadie se atrevía a burlarse de ella. Tengo la sensación de que incluso el demonio le habría tenido miedo, porque el reverendo Watts ciertamente se lo tenía.

Acepté presentarme a la prueba de voz, pero no sin que mi madre me adelantara la paga de todo un mes. Al domingo siguiente, me puse a la cola de un grupo de niños y esperé a que me llamaran.

—Llegaréis puntualmente a todos los ensayos —nos dijo la señorita Monday, mientras me taladraba con la vista. Yo le devolví la mirada con gesto desafiante.

—No hablaréis nunca, a menos que os hablen antes.

No sé cómo, pero conseguí guardar silencio.

—Y, durante la misa, estaréis siempre atentos.

Asentí de mala gana, y entonces, ¡alabado sea Dios!, me ofreció una vía de escape.

—Y otra cosa muy importante —declaró, apoyando las manos sobre los muslos—. Dentro de doce semanas, tendréis que superar una prueba de lectura y escritura, para estar seguros de que podéis cantar un himno nuevo o un salmo poco conocido.

Me alegré de haber caído al primer obstáculo. Sin embargo, estaba a punto de descubrir que la señorita Eleanor E. Monday no se daba fácilmente por vencida.

—A ver, niño, ¿qué pieza has elegido para cantar? —me preguntó cuando llegó mi turno.

—No he elegido ninguna —respondí.

Abrió un libro de himnos, me lo dio y se sentó al piano. Sonreí, pensando que aún tendría tiempo de llegar a la segunda parte del partido matinal de los domingos. La señorita Monday atacó una melodía familiar, y cuando vi que mi madre me miraba fijamente desde la primera fila de bancos, decidí que lo mejor sería hacer de una vez la prueba, para que se quedara contenta.

—Todas las cosas hermosas, la belleza y el amor, el mar, el cielo y las rosas, las ha creado el Señor. Todas las cosas que admiro, la verdad y la ilusión... —el rostro de la señorita Monday se iluminó con una sonrisa, mucho antes de que yo llegara al final— las ha creado el Señor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Harry Clifton, señorita.

—Harry Clifton, te presentarás a los ensayos los lunes, miércoles y viernes a las seis en punto. —Después, volviéndose hacia el niño que venía detrás de mí, exclamó—: ¡Siguiente!

Le prometí a mi madre que llegaría puntualmente a mi primer ensayo, sabiendo que sería el último, porque la señorita Monday no tardaría en descubrir que yo no sabía leer ni escribir. Y realmente habría sido el último si no hubiese sido evidente para cualquiera que tuviera oídos que mi voz estaba en una

categoría diferente a la de los otros niños del coro. De hecho, en cuanto abrí la boca, todos guardaron silencio, y sentí en la iglesia las miradas de admiración e incluso de reverencial respeto que tan desesperadamente había buscado en los campos de fútbol. La señorita Monday fingió no darse cuenta.

Cuando nos despidió, no volví a casa, sino que me dirigí corriendo a los muelles, para preguntarle al señor Tar qué me aconsejaba que hiciera respecto a mi incapacidad para leer y escribir. Escuché con atención los consejos del viejo y, al día siguiente, volví a la escuela y ocupé mi lugar en el aula del señor Holcombe.

El maestro no pudo disimular su asombro cuando me vio sentado en la primera fila, y todavía se sorprendió más cuando notó que por primera vez prestaba atención a la lección matinal.

Lo primero que me enseñó fue el alfabeto y, a los pocos días, yo ya sabía escribir las veintiséis letras, aunque no siempre en el orden correcto. Mi madre habría podido ayudarme por las tardes, cuando volvía a casa, pero como el resto de mi familia, tampoco sabía leer ni escribir.

El tío Stan apenas conseguía garabatear su firma y, aunque era capaz de diferenciar entre un paquete de Wills's Star y uno de Wild Woodbine, sospecho que no sabía leer las etiquetas. Pese a los comentarios desagradables que mi tío soltaba entre dientes, empecé a escribir el abecedario en todos los papeles sueltos que caían en mis manos. El tío Stan no pareció advertir que los trozos de papel de periódico que había junto al retrete se cubrían de letras.

En cuanto dominé el alfabeto, el señor Holcombe me enseñó unas cuantas palabras sencillas: «luna», «palo», «mamá», «papá»... Entonces le pregunté por primera vez por mi padre, con la esperanza de que él supiera algo. Al fin y al cabo, parecía conocerlo todo. Pero pareció extrañarse de que yo supiera tan poco acerca de mi padre. Una semana después, empezó a enseñarme pala-

bras más difíciles: «libro», «carta», «escuela»... Al final de ese mes, pude escribir mi primera frase: «Jovencillo emponzoñado de whisky: ¡qué figurota exhibe!», que —según me indicó el señor Holcombe— contenía todas las letras del alfabeto. Lo comprobé y resultó que estaba en lo cierto.

Al final del curso, ya era capaz de escribir «himno», «réquiem» y «rapsodia» sin faltas de ortografía, aunque el señor Holcombe todavía insistía en corregirme la pronunciación. Pero entonces llegaron las vacaciones y empezó a preocuparme la idea de no superar el difícil examen de la señorita Monday sin la ayuda del maestro. Y quizá habría sido así, de no haber sido porque el viejo Jack ocupó su lugar.

Llegué con media hora de adelanto al ensayo del viernes por la tarde, sabiendo que debía superar mi segundo examen para seguir en el coro. Me senté silenciosamente en uno de los bancos, con la esperanza de que la señorita Monday llamara a otro antes que a mí.

Ya había aprobado el primer examen «con todos los honores», como dijo la señorita Monday. Nos había hecho recitar a todos el padrenuestro, y para mí no fue ningún problema, porque desde que tenía memoria mi madre se arrodillaba todas las noches junto a mi cama y repetía las conocidas palabras antes de arrojarme. Sin embargo, el siguiente examen se anunciaba mucho más difícil.

Para entonces, al final de nuestro segundo mes, se esperaba que supiéramos leer un salmo en voz alta, delante del resto del coro. Yo elegí el Salmo 121, que también me sabía de memoria, porque lo había cantado muchas veces: «Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro. Mi socorro viene del Señor, creador de los cielos y la tierra». Esperaba que el Señor realmente viniera en mi socorro. Aunque logré abrir el libro de sal-

mos por la página correcta, porque ya sabía contar hasta cien, temía que la señorita Monday notara que yo era incapaz de seguir los versículos línea por línea. Pero si lo notó, no hizo nada al respecto, porque me quedé un mes más en los bancos del coro, mientras otros dos «granujas», como dijo ella, volvían al seno de la congregación.

Cuando llegó el momento del examen final, yo estaba preparado. La señorita Monday nos pidió a los que quedábamos que escribiéramos los Diez Mandamientos en el orden correcto, sin mirar en el libro del Éxodo.

A la directora del coro no le importó que colocara el robo antes que el asesinato, ni que no supiera escribir «adulterio», ni menos aún que ignorara su significado. Sólo después de que otros dos granujas fueran expulsados sumariamente por fallos menores comprendí que mi voz debía de ser excepcional.

El primer domingo de Adviento, la señorita Monday anunció que había seleccionado para su coro a tres nuevas voces infantiles (o a «tres angelitos», como le gustaba llamarnos al reverendo Watts) y que los demás candidatos habían sido rechazados por cometer pecados tan imperdonables como parlotear durante los sermones, chupar un caramelo o, en el caso de dos chicos, jugar a darse castañazos durante el *Nunc dimittis*.

El domingo siguiente me puse la túnica azul con gorguera blanca y el medallón de la Virgen que solamente yo podía llevar al cuello, porque era el signo de que me habían elegido solista soprano. Con orgullo me habría llevado a casa el medallón de bronce, y también a la escuela al día siguiente, para presumir delante de mis compañeros, si la señorita Monday no me lo hubiera retirado al final de cada misa.

Los domingos me sentía transportado a otro mundo, pero temía que ese hechizo no durara eternamente.

Cuando el tío Stan se levantaba por la mañana, se las arreglaba para despertar a toda la casa. Nadie se quejaba, porque era el principal sostén de la familia y en cualquier caso resultaba más barato y seguro que un despertador.

El primer ruido que oía Harry por la mañana era el de la puerta del dormitorio al cerrarse de golpe, seguido del andar pesado de su tío mientras atravesaba el crujiente rellano de madera, bajaba la escalera y salía de la casa. Después se oía otro portazo, cuando entraba en el retrete. Si alguien dormía aún, el ruido del agua de la cisterna, seguido de otros dos portazos en el camino de regreso al dormitorio, bastaban para recordarle que Stan esperaba ver el desayuno sobre la mesa cuando entrara en la cocina. Solamente se lavaba y afeitaba los sábados, antes de ir al Palais o al Odeon, y se bañaba cuatro veces al año, con los cambios de estación. Nadie podía acusar a Stan de gastar en jabón el dinero que tanto le costaba ganar.

Maisie, la madre de Harry, era la siguiente en levantarse: saltaba de la cama instantes después del primer portazo, para que las gachas de avena de Stan estuvieran esperándolo sobre el fogón cuando saliera del retrete. Después se levantaba la abuela, que se reunía con su hija en la cocina antes de que Stan ocupara su sitio en la cabecera de la mesa. El último en llegar era el abuelo, tan sordo que a veces conseguía dormir durante todo el ritual matinal de Stan. La rutina diaria de los Clifton no cambiaba

nunca. Cuando en una casa no hay más que un retrete exterior, un lavabo y una toalla, el orden se convierte en una necesidad.

Mientras Harry se lavaba la cara con un hilillo de agua fría, su madre servía el desayuno en la cocina: dos rebanadas gruesas de pan untadas con manteca de cerdo para Stan, y cuatro rebanadas finas para el resto de la familia, tostadas si aún quedaba algo de carbón en el saco que los lunes por la mañana el repartidor dejaba delante de la puerta. Cuando terminaba las gachas, Stan dejaba que Harry lamiera el cuenco.

Sobre el fogón había siempre una gran tetera marrón, con té caliente que la abuela servía en tazas desparejadas, a través de un colador victoriano chapado en plata que había heredado de su madre. Mientras los otros miembros de la familia saboreaban su taza de té amargo (el azúcar era sólo para los días de fiesta), Stan abría su primera botella de cerveza, que por lo general se bebía de un trago. Después se levantaba de la mesa, eructaba estruendosamente y recogía la fiambreira con el almuerzo, que la abuela le había preparado mientras él desayunaba: dos sándwiches de pasta de levadura, una salchicha, una manzana, otras dos botellas de cerveza y un paquete de cinco cigarrillos. En cuanto Stan salía en dirección a los muelles, todos se ponían a hablar a la vez.

La abuela siempre quería saber quiénes habían visitado el salón de té donde su hija trabajaba de camarera, qué habían pedido, cómo iban vestidos, dónde se habían sentado y todos los detalles de los platos preparados en una cocina donde las bombillas eléctricas no chorreaban goterones de cera, por no hablar de las propinas de tres peniques que a veces dejaban los clientes y que Maisie tenía que repartirse con la cocinera.

A Maisie le preocupaba más lo que había hecho Harry en la escuela el día anterior. Quería un informe diario, que a la abuela no parecía interesarle mucho, quizá porque nunca había ido a la escuela, aunque, pensándolo bien, tampoco había estado nunca en un salón de té.

El abuelo casi nunca comentaba nada, porque después de cuatro años de cargar y descargar un cañón de artillería mañana, tarde y noche, se había quedado tan sordo que tenía que conformarse con ver los movimientos de los labios de los demás y asentir de vez en cuando. Un extraño habría podido pensar que era tonto, pero la familia sabía por experiencia propia que no era así.

La rutina matinal de la casa variaba solamente los fines de semana. Los sábados, Harry salía de la cocina con su tío y lo seguía hasta el puerto, manteniéndose siempre un paso por detrás. Los domingos, la madre de Harry acompañaba al chico a la iglesia de la Santa Natividad, donde se sentaba en la tercera fila para disfrutar de la gloria que irradiaba el solista soprano del coro.

Pero ese día era sábado. Durante el trayecto de veinte minutos hasta los muelles, Harry no solía abrir la boca, a menos que su tío le dirigiera la palabra. Cuando Stan le hablaba, era para volver invariablemente a la misma conversación del sábado anterior.

—¿Cuándo piensas dejar la escuela y empezar a ganarte el pan, muchacho? —era siempre la salva inaugural de su discurso.

—No puedo dejarla hasta los catorce años —le recordaba Harry—. Es la ley.

—Una ley bien estúpida, si quieres que te lo diga. A los doce años, yo ya había dejado el colegio y estaba trabajando en los muelles —declaraba Stan, como si su sobrino nunca hubiera oído esa profunda observación.

Harry no se molestaba en responder, porque ya sabía lo que diría su tío después:

—Y, lo que es más, a los diecisiete ya me había enrolado con Kitchener en el ejército.

—Cuéntame de la guerra, tío Stan —pedía Harry, seguro de que eso lo mantendría ocupado varios cientos de metros.

—Tu padre y yo nos enrolamos el mismo día en el Real

Regimiento de Gloucestershire —solía decir Stan, tocándose la gorra de paño como saludando un recuerdo distante—. Después de doce semanas de adiestramiento básico en el cuartel de Taunton, nos mandaron a Ypres, a pelear contra los boches. Una vez allí, pasamos casi todo el tiempo apretujados en trincheras infestadas de ratas, esperando a que sonara el clarín y a que algún señorito pretencioso vestido de oficial nos ordenara salir con las bayonetas caladas y avanzar pegando tiros hacia las líneas enemigas. —Después venía una larga pausa y, finalmente, el tío Stan añadía—: Yo tuve suerte. Volví a casa vivito y coleando. —Harry habría podido recitar palabra por palabra su frase siguiente, pero guardaba silencio—. No sabes la suerte que tienes, muchacho. Yo perdí a dos hermanos: tu tío Ray y tu tío Bert. Y tu padre no sólo perdió a un hermano, sino también a su padre, tu otro abuelo, al que nunca conociste: un hombre cabal, capaz de beberse una pinta de cerveza con más rapidez que cualquier estibador que yo haya conocido.

Si Stan hubiera bajado la vista, habría visto que el chico iba articulando en silencio sus mismas palabras; pero esa vez, para sorpresa de Harry, el tío Stan añadió una frase que nunca le había oído antes.

—Y tu padre todavía estaría vivo si los mandamases me hubieran escuchado.

De pronto, Harry fue todo oídos. La muerte de su padre siempre había sido objeto de conversaciones susurradas y tonos discretos. Pero el tío Stan interrumpió bruscamente su discurso, como si se hubiese dado cuenta de que se había excedido. «Quizá la semana próxima», pensó Harry, mientras alcanzaba a su tío y sincronizaba su paso con el suyo, como si fueran soldados en un desfile.

—Y dime, ¿con quién juega el City esta tarde? —preguntó Stan, volviendo al guion habitual.

—Con el Charlton Athletic —respondió Harry.

—Una panda de zoquetes.

—La temporada pasada nos zurraron —le recordó Harry a su tío.

—Por puñetera suerte que tuvieron, si quieres que te lo diga —replicó Stan, y no volvió a decir palabra. Cuando llegaron a la entrada del puerto, Stan fichó y se dirigió al tinglado donde se reunía su grupo de estibadores, ninguno de los cuales podía permitirse llegar un minuto tarde. El desempleo había alcanzado unos niveles máximos y había demasiados jóvenes ansiosos por ocupar sus puestos.

Harry no fue detrás de su tío porque sabía que, si el señor Haskins lo sorprendía rondando los almacenes, se llevaría un capirotazo, seguido de una patada en el trasero de su tío, por hacer enfadar al capataz. En lugar de seguirlo, Harry se encaminó en la dirección contraria.

La primera escala de Harry, los sábados por la mañana, era el vagón de tren donde vivía el viejo Jack Tar, en el otro extremo de los muelles. Harry nunca le mencionaba a Stan sus visitas periódicas, porque su tío le había advertido que evitara al viejo a toda costa.

—Debe de hacer años que no se baña —le había dicho su tío, un hombre que se bañaba cada tres meses, y eso sólo porque la madre de Harry se quejaba del olor que desprendía.

Pero hacía tiempo que la curiosidad se había impuesto. Una mañana, Harry se había acercado subrepticamente hasta el vagón, andando a cuatro patas, y se había colgado de una ventana para espiar. El hombre estaba sentado en un compartimento de primera clase, leyendo un libro. Volvió la cara hacia él y le dijo:

—Entra, muchacho.

Harry se bajó de la ventana de un salto y no paró de correr hasta llegar a su casa.

El sábado siguiente Harry volvió a arrastrarse hasta el vagón

para espiar. El viejo Jack parecía profundamente dormido, pero el niño le oyó decir:

—¿Por qué no pasas, jovencito? No voy a morderte.

Harry hizo girar el pesado picaporte de latón y, con mucha cautela, empujó la puerta del vagón para abrirla, pero no entró. Se limitó a contemplar fijamente al hombre sentado en el centro del coche. No era fácil calcular su edad, porque tenía la cara cubierta por una cuidada barba entrecana que le daba cierto parecido con el marinero de los cigarrillos Player's Please. Pero miraba a Harry con una calidez que el niño no había visto nunca en los ojos de su tío Stan.

—¿Usted es el viejo Jack Tar? —arriesgó Harry.

—Así me llaman —replicó el hombre.

—¿Y vive aquí? —preguntó el niño, mirando a su alrededor, hasta reparar en el montón de periódicos viejos apilados en el asiento de enfrente.

—Sí —respondió el hombre—. Es mi casa desde hace veinte años. ¿Por qué no cierras la puerta y tomas asiento?

Harry consideró un momento la invitación, pero volvió a bajarse de un salto del vagón y, una vez más, salió corriendo.

El sábado siguiente sí cerró la puerta, pero no soltó el picaporte, por si era preciso salir huyendo en cuanto el viejo moviese un músculo. Estuvieron un buen rato mirándose, antes de que el viejo Jack preguntara:

—¿Cómo te llamas?

—Harry.

—Y ¿a qué escuela vas?

—No voy a la escuela.

—Entonces ¿qué piensas hacer con tu vida, muchacho?

—Trabajar con mi tío en los muelles, claro —contestó Harry.

—¿Eso es lo que quieres? ¿De verdad? —dijo el hombre.

—¿Por qué no? —replicó Harry—. ¿No cree que dé la talla?

—Al contrario. Creo que la das en exceso —argumentó el

viejo Jack—. Cuando yo tenía tu edad —prosiguió—, quería enrolarme en el ejército, y nada que mi padre hubiese hecho o dicho habría podido disuadirme.

Durante una hora entera Harry escuchó fascinado los recuerdos del viejo Jack Tar sobre los muelles, la ciudad de Bristol y unas tierras de ultramar que jamás habría podido conocer en las clases de geografía.

El sábado siguiente y muchos sábados más de los que podía recordar, Harry siguió visitando al viejo Jack Tar, pero nunca les dijo nada al respecto a su tío ni a su madre, por temor a que le impidieran visitar a su primer amigo de verdad.

Cuando Harry llamó a la puerta del vagón aquella mañana de sábado, el viejo claramente lo estaba esperando, porque la manzana que siempre le tenía preparada estaba dispuesta en el asiento de enfrente. Harry la cogió, le dio un bocado y se sentó.

—Gracias, señor Tar —dijo, mientras se limpiaba el jugo de la barbilla. Nunca preguntaba de dónde procedían esas manzanas, que ampliaban el misterio que envolvía a aquel hombre.

¡Qué distinto era de su tío! El tío Stan no dejaba de repetir interminablemente las pocas cosas que sabía, mientras que el viejo Jack le enseñaba palabras nuevas cada semana y le abría nuevas experiencias e incluso mundos nuevos. A menudo se preguntaba Harry por qué el señor Tar no sería maestro, que parecía saber más que la señorita Monday y casi tanto como el señor Holcombe, un hombre que en su opinión lo sabía todo, porque conocía la respuesta a todas sus preguntas. El viejo Jack le sonrió, pero no le habló hasta que hubo terminado la manzana y tirado el corazón por la ventana.

—¿Qué has aprendido en la escuela esta semana que no supieras la semana anterior? —preguntó el hombre.

—El señor Holcombe nos dijo que hay otros países al otro

lado del mar, que forman parte del Imperio británico y que tienen nuestro mismo rey.

—Así es —dijo el viejo Jack—. ¿Sabes qué países son éstos?

—Australia, Canadá, la India... —Dudó un momento—. Y Estados Unidos.

—No, Estados Unidos no —dijo el viejo Jack—. Antes sí, pero ya no, por culpa de un primer ministro débil y de un rey enfermo.

—¿Quiénes eran ese rey y ese primer ministro? —preguntó Harry indignado.

—En 1776 estaba en el trono el rey Jorge III —dijo el viejo Jack—, pero es cierto que era un hombre enfermo; sin embargo, lord North, su primer ministro, no prestó atención a lo que estaba ocurriendo en las colonias y al final, por desgracia, nuestros propios hermanos se levantaron en armas contra nosotros.

—Pero los derrotamos, ¿verdad? —replicó Harry.

—No, nada de eso —dijo el viejo Jack—. No sólo tenían la razón de su parte, aunque eso no sea requisito para la victoria...

—¿Qué significa «requisito»?

—Condición necesaria —respondió Jack, y prosiguió como si el niño no lo hubiera interrumpido—. Lo decisivo fue que los dirigía un general brillante.

—¿Cómo se llamaba ese general?

—George Washington.

—La semana pasada, usted me dijo que Washington era la capital de Estados Unidos. ¿A ese general le pusieron el nombre de la ciudad?

—No, a la ciudad le pusieron el nombre del general. La construyeron en una zona pantanosa llamada Columbia, por donde fluye el río Potomac.

—¿A Bristol también le pusieron el nombre de una persona?

—No —respondió el viejo Jack, riendo entre dientes, divertido por la rapidez con que la mente inquisitiva del chico saltaba

de un tema a otro—. Originalmente, Bristol se llamaba Brigstowe, que significa «lugar del puente».

—Entonces ¿cuándo empezó a llamarse Bristol?

—Los historiadores tienen diferentes opiniones —dijo el viejo Jack—, pero el castillo de Bristol fue construido en 1109, cuando Robert de Gloucester vio la oportunidad de vender lana a los irlandeses. A partir de entonces, la ciudad se desarrolló como puerto comercial. Desde hace siglos es un importante centro de construcción de barcos, que creció todavía más rápidamente cuando fue preciso ampliar la flota de guerra, en 1914.

—Mi padre luchó en la Gran Guerra —dijo Harry con orgullo—. ¿Usted también?

Por primera vez, el viejo Jack vaciló antes de responder una de las preguntas de Harry. Se quedó un momento inmóvil, sin decir palabra.

—Lo siento, señor Tar —dijo el niño—. No quería ser indiscreto.

—No, no —replicó el viejo Jack—. Es sólo que hace años que no me lo preguntan.

Sin añadir nada más, abrió la mano y reveló en la palma una moneda de seis peniques.

Harry cogió la pequeña moneda de plata y la mordió, como había visto hacer a su tío.

—Gracias —dijo, antes de guardársela en el bolsillo.

—Ve al café del muelle y cómprate pescado y patatas fritas; pero no se lo cuentes a tu tío, porque entonces te preguntará de dónde has sacado el dinero.

En realidad, Harry nunca le había contado nada a su tío acerca del viejo Jack. Una vez había oído a Stan decir a su madre: «A ese lunático habría que encerrarlo».

Entonces le había preguntado a la señorita Monday qué significaba «lunático», porque no había podido buscarlo en el dic-

cionario, y cuando ella se lo dijo, se dio cuenta por primera vez de lo estúpido que debía de ser su tío Stan.

—No necesariamente estúpido —le aclaró la señorita Monday—, sino tal vez mal informado y, por lo tanto, víctima de sus prejuicios. No me cabe la menor duda, Harry —añadió—, de que durante el resto de tu vida conocerás a muchos hombres como tu tío, algunos en posiciones mucho más distinguidas.